

EL UNIVERSAL

PERIÓDICO INDEPENDIENTE.

Segunda época.

MEXICO.—Jueves 26 de Mayo de 1853.

Tom. VIII. N. 405.

AL PÚBLICO.

EL UNIVERSAL se publica todos los días á las siete de la mañana.—El precio de suscripción es de dos pesos en la capital y dos pesos dos reales fuera de ella, franco de porte.—La administración está establecida en el despacho de esta imprenta, adonde deberán dirigirse todas las comunicaciones, reclamaciones, &c.—Únicamente se insertarán los comunicados de interés público; los de interés personal solo se publicarán por suplemento.—Se insertarán anuncios á precios convencionales, pagándose su importe adelantado.—Los números sueltos se venden á DOS REALES.

EL UNIVERSAL.

MEXICO, MAYO 26 DE 1853.

La festividad del Corpus.

Próximo Jesucristo á ser entregado por uno de sus discípulos, cercanas ya la hora amarga de Getsemaní y la hora mas amarga aún de la crucifixion y la muerte, quiso instituir el sacramento adorable por medio del cual quedaria en medio de nosotros hasta la consumacion de los siglos. Estando á la mesa con los apóstoles, tomó un pan, lo bendijo y repartió diciéndoles: "Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros." Tomando despues la copa, se la presentó diciendo: "Bebed todos, porque esta es mi sangre, sangre de la nueva alianza, que se derramará en favor de muchos por la remision de sus pecados. Haced esto en memoria mia."

De este modo fué instituido el augusto sacramento de la Eucaristía, y al ascender Jesucristo á los cielos despues de su gloriosa resurreccion, se ha quedado con nosotros en los altares á consolar al hombre en sus miserias, visitándole cuando éste se acerca á la sagrada mesa purificado por las lágrimas del arrepentimiento y la absolucion del sacerdote, visitándole tambien en su lecho de muerte, para darle una prenda por medio de la cual le será franqueada la puerta de los cielos, concluida su penosa peregrinacion, á fin de que se cumplan las palabras de Jesucristo en la última cena: "Os declaro que no beberé de

hoy mas el fruto de la vid, hasta que de nuevo lo beba con vosotros en el seno de mi padre."

Tal es el misterio sublime que la Iglesia conmemora en la festividad del Jueves Santo: mas en esta festividad apenas puede tener lugar la alegría en el corazon de los fieles. Las bóvedas del templo han resonado durante los días anteriores de la Semana Santa con la voz severa de los profetas que anuncian la muerte del Redentor. Los acentos dolorosos de Jeremías se han hecho ya oír, y han derramado una sombra de tristeza inefable por el ámbito del santuario, de modo que esta conmemoracion del Sacramento Eucarístico, que debiera regocijar á los cristianos, semeja un rayo de sol en medio de un día nublado. Era necesario repetir esta conmemoracion en circunstancias en que pudiera gozarse plenamente del júbilo que trae consigo, y á este fin, por medio de un breve que espidió el papa Urbano IV en 1264, la Iglesia señaló el jueves despues de la octava de Pentecostés para la festividad del Corpus; de manera que siempre tiene lugar en los meses mas hermosos del año, cuando el cielo está sereno y la tierra se cubre de flores, que forman, segun la espresion de un poeta inglés, el mas alegre de sus vestidos.

Uno de los actos mas imponentes que tienen lugar en la festividad de hoy, es la procesion del Sacramento, que recorre diversas calles de la capital bajo el toldo preparado al efecto: marchan los alumnos de los colegios, las religiones, las autoridades, la tropa; inmensa multitud se agolpa á su tránsito: los balcones adornados de cortinas, contienen multitud de gente: las campanas repican á vuelo: el eco del cañon estremece los edificios. Al pasar el Divinísimo, la tropa que forma la valla se arrodilla sucesivamente, presentando sus arinas y sus banderas al Dios de las batallas, y las músicas militares se unen á los cánticos de los sacerdotes que pregonan la gloria y magestad del Señor.

En el tiempo de indiferentismo é irreligion, que esperamos haya pasado para no volver, cuando se trataba de suprimir en lo posible las ceremonias del culto bajo el especioso pre-

testo de que Dios no se paga de esterioridades, sino que solo atiende al corazon del hombre, mucho debió decaer la festividad religiosa de este día, puesto que en las obras de un eminente escritor francés leemos:—"De tal modo se nos quiere dar la libertad, que las poblaciones católicas de muchas grandes ciudades, se ven hoy como desheredadas de la magnificencia de la religion. En Paris, ciudad antes querida de los reyes cristianísimos, el dios de Clotilde y de Clovis está como prisionero en los templos. Los ministros, temiendo los sacrilegios, no se atreven á hacer salir del Sancta Sanctorum la radiante Eucaristía. ¿Quién sabe si los espíritus fuertes del siglo y del racionalismo, no se hallarian en las calles para insultarla!"

Entre nosotros, aunque jamas se ha llegado á tal extremo, no han faltado quienes abriguen iguales tendencias respecto á suprimir el culto eterno, y recordamos que un periódico de funesta memoria, alzó su voz tratando de evitar que el Sagrado Viático saliese públicamente acompañado de unos cuantos cristianos que cantaban sus alabanzas; diciendo que esto no era propio de una ciudad culta é ilustrada; que tales prácticas estaban reñidas con la civilizacion del siglo.

Efectivamente, los que han querido entender esa civilizacion á su modo, los que definen la religion como una necesidad que debe admitir todo gobierno, porque no se pueden estirpar de un golpe las preocupaciones del pueblo, han enseñado á ese pueblo á menospreciar la autoridad humana á fin de conducirle poco á poco á negar su adoracion á Dios. Y cuando de este conjunto de miserias que se llaman hombre, han llegado á hacer un ente ridículo por el necio orgullo que le han infundido, le impelen al campo de batalla á morir en defensa de los sofismas que ellos predicaban, y ni le ofrecen en recompensa el paraíso que Mahoma esponia ante la imaginacion de sus sectarios; la falsa filosofia moderna ofrece á sus adeptos ¡la nada!!

Afortunadamente vuelve á robustecerse el sentimiento religioso en el

corazon de los pueblos: las mejores capacidades contemporáneas han emprendido la noble tarea de propagarlo, y los gobiernos comprenden que es imposible gobernar con el apoyo de principios erróneos, y que no son éstos los que han de labrar la felicidad del género humano. ¿Dios sin duda ha querido, despues de la prueba dolorosa por que ha hecho pasar á la sociedad para castigar el orgullo de los hombres, volvernos al sendero recto de que nunca nos debimos separar!

Dos palabras acerca del "Siglo XIX" y los acontecimientos de Veracruz.

Muy irritado se muestra en su editorial de ayer nuestro colega el Siglo, porque aconsejamos al supremo gobierno el castigo de los que aparecieran culpables en el motin de Veracruz. Profesando el Siglo las reglas mas estrictas de la andante caballería, se ha propuesto hacer á roso y veloso la defensa de todos aquellos á quienes considera oprimidos, y ¡ya se vé! los amotinados de Veracruz de ninguna manera merecen el ser castigados, porque "el general Santa-Anna es hijo de Veracruz, y acaba de pasar por entre aquel pueblo por arcos triunfales y entre muestras de regocijo:" porque á los amotinados, pareciéoles que esto era degradante, y en un momento de cólera ó de amor propio, se resolvieron á resistir."

Las razones que alega el Siglo son de mucho peso ciertamente. ¿Qué culpa tienen los que se rebelaron de haber creído que iban á ser desarmados, y de que les pareciera que esto era degradante, y de que en un momento de cólera ó de amor propio se resolvieran á resistir? Ya se vé que ninguna. *Equivocatio non est erratio.* Por lo que hace al amor propio, todos tenemos nuestra dosis de él, y en cuanto á la cólera, ¿dónde está el hijo de vecino á quien no se le colma la medida y tira la montera el día menos pensado!—Continúa el Siglo:

"Parece que este sentimiento (el del amor propio sin duda) fué el único motivo de las

últimas ocurrencias, y en él, por mas que se quiera, no puede verse uno de esos horribles atentados contra la paz pública ni contra la seguridad del Estado."

Por las noticias recibidas de Veracruz se sabe que han sido muchas las desgracias ocasionadas por el motin que nos ocupa. Sabemos por varias cartas de personas fidedignas, que solo en el ataque á un cuartel perecieron de un metrallazo diez y ocho de los amotinados. Sin embargo, todas estas son faltas veniales en concepto del Siglo: todo ello no ha sido mas que el resultado de un momento de amor propio ó de cólera. Pero, señores nuestros, al hombre que en un momento de cólera arremete y acaba con las personas que le rodean, se le encarcela, y se le juzga, y se le fusila, y nosotros no hemos pedido otra cosa para los rebeldes de Veracruz.

La premura con que escribimos nos impide por ahora discutir hasta qué grado un gobierno que desee conservar su dignidad, un gobierno que quiera evitar á un país de cuya tranquilidad es responsable, los malhadados efectos de la guerra civil; un gobierno, en fin, que no lo sea únicamente en el nombre, debe contemporizar con esos momentos de amor propio y de cólera de parte de sus subordinados: con esos momentos que dan por resultado el trastorno del orden público, y que la sangre de multitud de víctimas corra por las calles de una ciudad desgraciada, escojida por aquellos subordinados para servir de teatro á la esplosion de su mal humor.

Dice el Siglo que nosotros aconsejamos no el castigo sino la venganza. Os equivocais, señores. Hemos aconsejado al gobierno que se haga respetar, que castigue con brazo fuerte, no solo á aquellos cuyo único delito es el haberse dejado alucinar hasta el extremo de dar un día de luto á la nacion, sino principalmente á los verdaderos autores del motin. Esto es lo que hemos dicho y lo que una y mil veces repetiremos, pues que por dura que sea esta medida, importa la conservacion del orden, importa la cesacion de esas revueltas continuas que de la independencia aca, ora invocando esta causa, ora aquella, nos han impedido consolidarnos, nos han